

Una «desconocida» novela mexicana de la Revolución y un prólogo mexicanista de Castelar

La Revolución Mexicana fue el acontecimiento sociopolítico que conmocionó la conciencia colectiva de un pueblo y proporcionó a sus artistas e intelectuales el material vivo de inspiración, reflexión y autoconocimiento. Los cambios en la sociedad civil, en ese período, 1910-1917, de la lucha armada, son tan importantes como los militares, y de ellos deriva la actual sociedad mexicana, su estatus político y —¡todavía!— la actitud crítica de muchos pensadores y novelistas que se vuelven, como referencia iniciática, al pasado revolucionario para encontrar en él, recreándolos, los ideales que suponen han sido traicionados o incumplidos.

La Revolución Mexicana proporcionó a los escritores de oficio y a los narradores improvisados el argumento, la expresión y la justificación ética que los obligaron a escribir sobre los acontecimientos nacionales, en un período literario en que el realismo y el costumbrismo naturalista todavía pretendían *explicar* la vida. El resultado ha sido esa fructífera etapa novelística que se conoce con el epígrafe común «La novela de la Revolución», fenómeno literario cuyas derivaciones no se han agotado y que podemos rastrear aún en novelas contemporáneas, tan diferentes y tan alejadas del realismo, como *La muerte de Artemio Cruz* (1962), *José Trigo* (1966), o la «antinovela» de la Revolución, *Los relámpagos de agosto* (1964).

Al hablar de la novela de la Revolución, son ya referencia obligada los nombres de Azuela, Martín Luis Guzmán, López y Fuentes, José Rubén Romero... Los dos primeros tienen una significación auroral en este capítulo novelístico. Azuela, porque fue el iniciador del género (más con *Andrés Pérez, maderista* (1911), que con *Los de abajo* (1915)), aunque no conoció popularidad ni lectores su obra revolucionaria hasta pasados bastantes años, cuando ya él había desistido de seguir explorando la veta de

la Revolución. Fue en 1925, cuando *El Universal Ilustrado* publicó una nueva edición de *Los de abajo*, en cinco cuadernos semanales, anunciándola como «la única novela de la Revolución». Y fue Martín Luis Guzmán quien en 1926 empezó a enviar a ese mismo periódico, desde España, sus recuerdos revolucionarios novelados, que habrían de recogerse en libro, *El águila y la serpiente*, publicado en Madrid, en 1928, por la editorial Aguilar. *El águila y la serpiente* obtuvo resonancia y éxito inmediatos y, generalmente, se considera esta obra como la segunda gran novela de tema revolucionario después de *Los de abajo*¹, a la vez que impulsora de la irrupción de una temática que habría de monopolizar durante casi dos décadas la atención de los narradores mexicanos.

De esta contigüidad en la atención lectora y crítica se benefician ventajosamente los dos autores, en tanto que otros muchos intermedios quedan en la sombra, y aunque sus obras sean menores, menos brillantes, también son representativas, pues la literatura representa todo el ámbito cultural de una época, ya que, como dice Sartre, «constituye la totalidad sintética y frecuentemente contradictoria de todo lo que la época ha podido producir para ilustrarse»².

Cerca de treinta novelas de la Revolución selecciona John Rutherford, escritas antes de 1925, comenzando su selección en el año 1911, fecha de la publicación de la ya citada novela de Azuela, *Andrés Pérez, maderista*, novela que no fue —ni siquiera en tan temprana fecha— ni «sola» ni, tampoco «la única»:

«Novels of the Revolution started to be written in the earliest months of the armed conflict. The first two to be written were both published in 1911: one a mere curiosity, the other a novel of real importance. The curiosity was *La majestad caída* (México-Buenos Aires, 1911; the title refers to Porfirio Díaz), by the octogenarian Juan A. Mateos (1831-1913)...»³

Entre las obras curiosas, por poco mencionadas o por poco conocidas y comentadas, de este período revolucionario, estudiado por Rutherford, destacamos las dos del periodista reaccionario y contrarrevolucionario Al-

¹ *Los de abajo* tuvo su «descubrimiento» por la conocida polémica periodística. El re-vuelo literario que debió de suponer la lectura con retraso de la obra de Azuela y la publicación por entregas de las «memorias» de Guzmán, aparte de la estabilización política del gobierno posrevolucionario, hubieron de suscitar muchas voluntades y vocaciones de transcripción de una contingencia vivida, de la que casi todos tenían experiencias novelables de primera mano.

² Sartre, Jean Paul, *¿Qué es la Literatura?*, Buenos Aires, Losada, 1950, p. 236.

³ Rutherford, John, *Mexican Society during the Revolution*, Oxford, Clarendon Press, 1971, p. 47.

fonso López Ituarte, una de ellas de propaganda huertista, *El Atila del sur* (1913), nombre con que la prensa de la capital solía referirse a Zapata, y *Satanás* (México, 1914). La fecha de 1915 nos trae, no sólo la desconocida entonces y hoy clásica, *Los de abajo*, sino además una aportación española al capítulo, *La tórtola de Ajusco*, del profesor español Julio Sesto (Barcelona-México, 1915), que noveló una historia de amor con el panorama revolucionario como fondo, y que obtuvo un éxito extraordinario —el único éxito de esta etapa, según Rutherford—, quizá por el sentimentalismo de la anécdota, sentimentalismo del que tanta escasez había en la incierta y dramática situación que vivía la nación.

El estudio de Rutherford da cuenta de muchas de esas primeras novelas que se publicaron en Texas, en San Antonio y El Paso, expatriados los autores, que habían tomado parte y se habían comprometido en la contienda. Posteriormente, en la segunda etapa de la novela de la Revolución, fueron varios los novelistas que publicaron sus obras en España: Martín Luis Guzmán, la ya citada y *La sombra del caudillo* (1929), José Rubén Romero, Luis Felipe Muñoz, Francisco Urquiza, Salvador de Quevedo y Zubieta..., publicaron en Madrid o en Barcelona primeras ediciones de sus obras.

La novela «olvidada» y el novelista

Salvador de Quevedo y Zubieta publicó en Madrid, Espasa-Calpe, su *México manicomio*, reseñada y estudiada por Rutherford, aunque, erróneamente, en la referencia se dé como lugar de publicación México⁴. Otra obra anterior de Quevedo y Zubieta, comentada en el estudio de Rutherford, es la temprana *En tierra de sangre y broma* (México, 1921), de la que dice: «one of the first conscious attempts to analyse in fiction the national psychology of Mexico»⁵. Para el propósito que persigue la obra de Rutherford: una descripción de la sociedad mexicana durante la Revolución, estas novelas, que pasaron inadvertidas o casi despreciadas por los críticos literarios coetáneos y posteriores, ofrecen un material puro, espontáneo, libre de presupuestos políticos propagandísticos, sin tendencias definidas en los propios autores, que reflejan ese clima de confusión que para el ciudadano medio suponían los pronunciamientos, los «Planes», las convenciones y los magnicidios que se sucedían en «la cumbre» de la Revolución y antes de estabilizarse ésta como forma de gobierno.

⁴ Rutherford, ob. cit., p. 72. Puede ser una errata editorial, ya que la bibliografía y las tesis mismas que sustenta el libro de Rutherford revelan una profunda y seria investigación.

⁵ *Ibidem*, p. 50.

Una reseña crítica a mi propia obra⁶, me incitó a estudiar la obra de Quevedo y Zubieta, sobre todo «esa formidable novela de un médico mexicano, *México manicomio*, editada en Madrid, en 1927». Quevedo y Zubieta no se encuentra, en efecto, incluido entre los grandes narradores de la novela de la Revolución, sin duda porque no lo es —un gran narrador—, sin embargo, una novela suya, *La camada* (1912), sí es citada, al menos en los estudios más serios sobre el tema que nos ocupa, como novela «antecedente» de la novela revolucionaria, junto con *La llaga*, de Gamboa, o *El triunfo de Sancho Panza*, de Heriberto Frías. De *La camada* dice Brushwood⁷ es «una protesta clara y violenta contra la corrupción social y política». Y más adelante: «Ciertamente este escritor no fue un tradicionalista, pues se inclinaba a atribuir los defectos sociales de su tiempo al desordenado proceso de la historia mexicana.»

En estudio reciente sobre *El naturalismo en México*⁸, María Guadalupe García Barragán se ocupa de Quevedo y Zubieta, como autor naturalista:

«Bien preparado para la narración naturalista se hallaba Quevedo y Zubieta por sus conocimientos científicos y su materialismo, así como por su espíritu observador y detallista, y su afán de desenmascarar las lacras de la sociedad y del gobierno. Aunque hace un amplio uso de tales cualidades, el valor literario de sus novelas es, generalmente, escaso y discutible. La primera de ellas es la menos mexicana, pero la mejor: *L'Etudiante. Notes d'un carabin*. Publicada en francés en París, probablemente en 1889 (...) Se trata de una novela enteramente naturalista y de tema escabroso —la inseminación artificial entre humanos, y una violación—, pero bastante bien lograda. Escrita en francés, se desarrolla en París, y describe el ambiente de profesores y estudiantes de la facultad de medicina de esa ciudad, donde el autor estudió. No obstante deberse a la pluma de un autor mexicano, la novela, poco conocida, podría tomarse por obra de naturalistas franceses.»

La larga cita, además de ser apreciativa del talante literario de Quevedo

⁶ Me refiero a la reseña de Waldo de Mier a mi *Proceso narrativo de la Revolución Mexicana*, aparecida en *El Alcázar* (31 dic. 1980) en que el periodista se extrañaba de la no inclusión o mención de esta obra en mi estudio, ni en la Antología de Aguilar.

⁷ Brushwood, John, *México en su novela*, México, F.C.E., 1973, pp. 294-295. Por cierto, *La camada* es la única novela de Quevedo y Zubieta que merece la recensión de Brushwood.

⁸ García Barragán, María Guadalupe, *El naturalismo en México*, UNAM, «Cuadernos del Centro de estudios literarios», 1979, pp. 49-50.

do y Zubieta, nos releva de «hablar de oídas» de la novela. A continuación, García Barragán, comenta brevemente *La camada* y *Las ensabonadas* (1934) y *La ley de la sábana* (1935). Lo que sí está claro es la fecundidad de nuestro autor, que escribió, además de las novelas que venimos citando, relatos históricos, cuatro dramas, numerosos artículos, y un libro de exilio, *Recuerdos de un emigrado*, publicado en Madrid, en 1883, con prólogo de Don Emilio Castelar.

Vamos a ocuparnos, ahora, de su *México manicomio*, novela de la Revolución, editada en Madrid por Espasa-Calpe⁹, poco citada en México (aunque sí la reseña el *Diccionario de Escritores Mexicanos*, de Aurora M. Ocampo) por los críticos y los antólogos de la novela de la Revolución. Salvador de Quevedo y Zubieta es un escritor jalisciense, como Azuela, médico también, periodista, abogado, que realizó sus estudios de medicina en París, obteniendo su tesis doctoral (en francés) el premio de la Facultad de Medicina de París. No es extraño, pues, que por su obra circulen las teorías médicas del momento sustentando las tesis naturalistas, y que al anfitrión de Médan se le rinda homenaje textual. *México manicomio* se subtitula «novela histórica contemporánea» (época de Venustiano Carranza), y en ella están descritas las peripecias más notorias del carrancismo en la capital, así como la entrada triunfal de Villa y Zapata a la ciudad de México, el 27 de noviembre de 1914. El novelista fue testigo reticente de las idas y venidas de los revolucionarios, y ocupó durante el Gobierno Constitucional de Carranza el cargo de médico interno en el Manicomio General de Mixcoac (D.F.).

Una *historia* de locos patológicos es el contrapunto de la historia política, que se le aparece al narrador como caos y como cosa de manicomio a través de la experiencia del joven doctor protagonista. La anécdota literaria es una historia sentimental tópica: la rica huérfana a quien tratan de incapacitar sus parientes para seguir aprovechándose indefinidamente de sus rentas, enamora al joven doctor que intenta salvarla de las garras de los indeseables tutores. Se combina en el discurso narrativo la ironía, la burla, la exageración esperpéntica¹⁰ de las escenas de manicomio, con la acerba interpretación del acontecer político coetáneo, en diálogos y enunciados valorativos.

La Revolución en el ámbito nacional y la administración revolucionaria bajo Carranza, son contempladas por el narrador con escepticismo desahuciado, sin remedio de esperanza para unos males cívicos que se consideran endémicos y sin que en esa apreciación negativa se salve títere con cabeza. Se refiere siempre peyorativamente al zapatismo y al «Nortismo»,

⁹ Existe una edición mexicana posterior, en Col. Económica, núm. 580, Editorial Nacional, México, 1956.

¹⁰ *Voluntad esperpéntica* parece denotar el título de la obra, aún más explícita en el de la novela siguiente: *México mamarracho*, México, 1933.

«la animalidad del Norte y la del Sur»; tiene una mención nostálgica y meliorativa para el «dictador» Porfirio Díaz. «A través del hambre que se cernía sobre el valle, su figura tomaba el prestigio soberano de un Presidente que dio de comer»; describe a los revolucionarios como hordas de ladrones y asesinos, «chusma» «hordas sangrientas»; y utiliza el tono fustigante para denunciar atropellos y abusos, buscando la anécdota y los personajes que sirvan mejor para vehicular su desahogo, en vez de *dejarse llevar*, como ocurre a los grandes narradores, por los propios personajes y su peripecia¹¹.

Pero su actitud es ética; contrarrevolucionaria, sí, como fue la de muchos liberales decimonónicos a quienes el desorden, el desenfreno y las irregularidades inevitables del estallido revolucionario les parecían un retroceso y un azote, y creían que la única posibilidad, a largo y lento plazo, era la de la ampliación de las bases culturales del país y la de la doble llamada al sentido común y al trabajo. Esa era la posición de la mayoría de los escritores que habían comenzado su obra literaria en el XIX y la continuaron en las primeras décadas del XX, siendo testigos perplejos de la irrupción de un movimiento sociopolítico que solmenaba hasta la raíz todas las convenciones sociales e, incluso, sus propias convicciones de pensadores liberales. Así Azuela, Heriberto Frías, F. Gamboa, López Portillo y Rojas, González Peña...

Por otro lado, en *México manicomio* encontramos un muestrario de temas tratados posteriormente por otros de los grandes narradores. El tema del zapatismo, del que también se ocupa Vasconcelos, en *Ulises criollo* y *La tormenta*, y con idéntica valoración negativa, empecinada en el descrédito. La Convención de Aguascalientes es escenario sólito en varias novelas revolucionarias. Quevedo y Zubieta describe el episodio, interpretándolo con notas irónicas en las páginas 115, 116 y 117 de la novela, que, sin remedio, remiten al lector a las páginas magistrales que, sobre el mismo hecho histórico, y en el mismo tiempo de redacción (1926), nos ha dejado la pluma de Martín Luis Guzmán, en *El águila y la serpiente*, en el capítulo «La cuna del convencionismo». Y, también, el suceso convencionista está en Azuela, con diez años de antelación, y con la significación

¹¹ Es ilustrativa la reflexión de Rosario Castellanos: «Los escritores iban como fascinados detrás de los caudillos, tomando nota minuciosa de las excentricidades... Jamás se comprendieron porque los jefes militares carecían del don de la palabra y porque los intelectuales tenían intuiciones muy vagas e inconcretas acerca de los motivos de la lucha, los fines que se perseguían y de los medios que era preciso usar (...) Todo era confusión y ni aún los intelectuales de quienes era lícito esperar cierta clarividencia, advertían la menor luz, el menor propósito orientador, ni la justificación más insignificante (...) Todo se reducía a un mero desahogo de parias que una vez agotado en la inercia no dejaría sino ruinas y desolación, luto y tristeza...», en «La novela mexicana contemporánea», *México en la Cultura* (suplemento del *Novedades*) (21 de agosto, 1960).

estructural del mismo en la anécdota de *Los de abajo*: en la Convención o con la Convención *cambia*, se personaliza el objetivo de Demetrio Macías. En esa última escena, en la Convención, con que finaliza la Segunda Parte de *Los de abajo*¹², asistimos a la *cesión* de los ideales revolucionarios en favor de los intereses caudillistas.

Una figura histórica y pintoresca que aparece igualmente en varias de las novelas de la Revolución y que trae a su «manicomio» Salvador de Quevedo y Zubieta es la del *Doctor Atl*¹³, pintor y escritor, antiguo revolucionario, a quien el narrador atribuye —seguramente escuchado de primera mano— este logomáquico discurso: «Más que clara, como que estamos maduros para la democracia *soviet*. Es la semilla rusa empezándose a esparcir en la guerra mundial. Obreros y soldados libres: nada de generales...»

Los valores de la obra son eminentemente sociológicos y documentales, desde el punto de vista de la descripción realista de escenas vividas y desde la visión interpretativa «natural», desapasionada, escéptica, del autor, visión de médico que no se hace ilusiones. Y ésta parece ser la advertencia socarrona que se desprende de anécdota y discurso: seamos prácticos y no queramos cambiar el mundo de repente, que nos puede costar la salud o la vida, la *sobrevivencia*.

Siendo los valores literarios escasos, es curioso que las páginas mejores de la novela sean las de una larga carta del protagonista —que ha ido a parar al Norte, enrolado como teniente médico de la tropa revolucionaria— a un compañero de la capital. Páginas descriptivas del paisaje y el trajín revolucionarios, llenas de nervio y vigor, donde la expresión, tatuada en cortos períodos, alcanza plasticidad vital. No me resisto a transcribir una muestra:

Más allá, tierra adentro en Durango, el arenal se eriza de hichaches. Mil bichos entre las breñas. Es la tierra de los alacranes, tarántulas, ciempiés. A caballo, por las veredas, en pos de la tropa que va a guarnecer lugares duranguenses amagados por las hordas. Mi rocinante solo sale de su languidez al encabritarse por alguna culebra, cuyo paso deja en la arena un surco ondulante. De vez en cuando algún coyote que huye anima la mortecina soledad del paisaje. Por la noche, esos cuadrúpedos, terror de los corrales, ávidos de carne pecuaria, turban el silencio con aullidos entrecortados,

¹² Páginas 190, 191 y 192 de mi edición de *Los de abajo*, Madrid, Cátedra, 1980.

¹³ Figura que aparece igualmente con la grafía *Atle* en *Tirano Banderas*, de Valle Inclán, obra coetánea de la que comentamos —finales de 1926—, y en la que se ha querido reconocer a México como el espacio transfigurado en el de Santa Fe de Tierra Firme por la creación artística de Valle.

semejantes a un reír estridente. El buho mejicano, *tecolote*, se iza al cabo de un poste, en acecho de presa. Por encima de esos campos de muerte revolotean bandadas de grandes pájaros negros, zanates, zopilotes, prontos a precipitarse sobre cadáveres (pp. 209-210).

En todo caso, las novelas revolucionarias de Salvador de Quevedo y Zubieta son representativas de esa voluntad testimonial que movió a tantos escritores que tuvieron experiencia directa en el acontecimiento. Y si el escepticismo del autor nos da como expresión esa deformación estilizada de los personajes y de los hechos, es comprensible el exceso, ya que connota una llamada o un alegato perfeccionista. Maltrata a los hombres y a los políticos en la ficción porque los quisiera perfectos en la realidad.

El prólogo

Del talante liberal y luchador de Quevedo y Zubieta da cuenta su exilio —voluntario— español, siendo muy joven, en 1882, por haber fundado en México, D.F., un periódico, *El lunes*, de publicación semanal, en el que mostraba su disensión política y su oposición al gobierno del Presidente, General Manuel González (1880-1884), amigo personal y quizá «hombre de paja» del dictador que ya se presentía, Porfirio Díaz.

De ese primer año de exilio en España son los recuerdos, que recogerá en libro al año siguiente, con prólogo de Don Emilio Castelar. Y de la actitud ética que hemos creído espumar en las obras que conocemos del autor, es prueba textual esta consideración, extrapolada de la carta que dirige al editor y que se publica como avanzadilla de «los recuerdos»:

... porque creo que en tierra extranjera el *emigrado* no debe acordarse de su patria más que para una obra de paz, aunque quizá se reserve para el regreso algunos desechos a una obra de lucha.

La idiosincrasia de estos pensadores liberales mexicanos que, llegada la Revolución, parece que se espantan, es un talante político —y acaso biológico— que se ha reiterado en la historia de México, de la Independencia a nuestros días. Quien lo ha visto con claridad meridiana es el escritor español, largos años él mismo trasterrado a México, Víctor Alba, en su *Las ideas sociales contemporáneas en México*¹⁴; y lo observa a propósito de los cambios —el «voltearse»— que se critican en personalidades que parece deberían mantener una trayectoria ecuánime y coherente con sus ideas primeras:

¹⁴ México, F.C.E., 1960, p. 410.

Nos hallamos, pues, con una evolución que se repite en la historia de México; el liberal de antes de la Independencia es el conservador de después de ella, del mismo modo que el liberal de la Reforma acaba siendo el conservador del porfirismo, y que el revolucionario de 1910-1917 llegará a ser, a mediados del siglo XX, el propugnador de la industrialización capitalista del país. Es una evolución y no una regresión, porque en fin de cuentas (...) México ha contado siempre con conservadores ex-liberales, es decir, conservadores no reaccionarios. El reaccionario político y social a la europea es una especie desconocida en la política mexicana.

Salvador de Quevedo y Zubieta es, pues, el liberal del porfirismo —emigrado como testimonio de oposición a aquel régimen— que, llegada la Revolución, puede parecer —por sus críticas desparpajadas— reaccionario y conservador.

Su libro *Recuerdos de un emigrado* contiene once largos artículos de tema vario, desde el histórico —sobre la intervención europea y el fusilamiento de Maximiliano—, el costumbrista, el informativo, el literario, y hasta el psicológico, con ese tema de «El lépero», que anuncia ya los estudios muy posteriores, de mediados de este siglo, del «Grupo Hiperión», en que varios filósofos trataron de ahondar en los rasgos idiosincrásicos de la raza para formular una ontología del mexicano.

Esta serie de artículos de Quevedo y Zubieta, centenarios ya, no han perdido en lo substancial interés informativo, y en lo formal son expresión de las cualidades más genuinas del estilo periodístico: claridad, concisión, corrección. A mi entender, por estas muestras, en Quevedo, el pensador, el ensayista, o mejor, *el periodista que se vuelve reflexivo y pensador* es superior al creador de anécdotas de ficción, al novelador.

Y curioso, en este libro de «recuerdos» del eminente emigrado es, asimismo, el prólogo de Don Emilio Castelar y la veneración a la figura del político que expresa el mexicano al agradecersele; veneración, no solo subjetiva, sino que el autor hace extensiva a *todo americano* que viene a España y trae como ilusión y como pretensión máxima la de «conocer a Castelar», justificándose esta admiración en la valoración del tribuno como «lo que más alto piensa y lo que más alto habla en la España moderna».

¿Cómo es el prólogo de Castelar? Las quince páginas del prólogo de Castelar tienen como función primordial resaltar significadamente dos aspectos de nuestras relaciones con la América Hispana. En primer lugar, la ignorancia de los europeos respecto de las cosas de Ultramar (ignorancia que, atribuida a los españoles, por los años cincuenta de este siglo todavía subrayaba Juan Ramón Jiménez: «Estas Américas tan mal conocidas por mucha España»). Y, como consecuencia de esa ignorancia, los errores cometidos por el Viejo Mundo en sus relaciones con el Nuevo.

El otro aspecto, consecuente del primero, y que monopoliza el contenido del prólogo, es la visión política e histórica de un hecho americano que conmovió las cortes europeas: el fusilamiento de Maximiliano en México (comentando el prologuista uno de los artículos más extensos y logrados del libro de Quevedo y Zubieta). Castelar hace una interpretación política del suceso —contemporáneo— considerándolo signo unívoco de la derrota de las ambiciones europeas en América. El fusilamiento de Querétaro como la gran metáfora en que se condena —en el doble sentido, de castigar y tabicar— la sinrazón de las ilusiones hegemónicas de Europa.

Castelar recuerda —testigo de excepción— «la hora del desengaño», el momento preciso en que la noticia de la consumación desastrosa del efímero Imperio de Maximiliano llegó a París. Era la hora de la gran recepción que daban los Emperadores de Francia a los premiados en la última Exposición Universal. Castelar describe el fasto, el lujo «babilónico», el colorido del gran salón del palacio de exposiciones, las flores, las colgaduras, los atuendos brillantes y ostentosos de los representantes de todas las naciones. Y como trasfondo, la noticia nefasta, que dejaba huellas en el hermoso rostro de la Emperatriz y que justificaba la ausencia de los Príncipes belgas, condes de Flandes, así como la salida, casi precipitada, del acto, de los Embajadores de Austria. La conclusión sintética de Castelar se expresa en su rica prosa: «La diadema de los monarcas antiguos... aplastada por la magistratura sencilla de un humilde indio.» Y la lección severa —de la historia y del estadista—: «Sólo es grande y duradero y vívido lo que se funda en el humano derecho.»

Pero no todo en el prólogo es severidad doctrinal; el pensamiento de Castelar, en su exposición discursiva, se detiene de buena gana en las descripciones ambientales, en los detalles escenográficos de esta representación que protagonizan la magnificencia de un Imperio y una concepción de vida que estaban ya atacadas de muerte. Y es en estas descripciones, más lúcidas que doctrinarias, en que la pluma del tribuno caracolea descuidadamente —más atenta a la belleza de la expresión que a la justicia del contenido— en donde encontramos hoy nosotros contradicciones flagrantes.

Se describe en esa fiesta de la Exposición Universal, como notas destacadas, la presencia de los ediles de Londres, la de los húngaros, la del Sultán de Constantinopla, la de los egipcios... y la de los chinos: «bocetos informes de la raza humana, envueltos en crujiente seda de un lustre inimitable que les da el aspecto de orientales ídolos animados y vivientes» (p. X). Se contempla, igualmente, la galería de los espectadores —quinientos mil—, los hombres vestidos rigurosamente de negro, las señoras... «vestidas de sedas de todos los colores, envueltas en vaporosos encajes, ostentando en la cabeza ricas flores y abriendo y cerrando con voluptuosa coquetería sus ocho o nueve mil abanicos de todos los matices, los cuales renovaban el aire y parecían bandadas infinitas de mariposas dadas a dis-

currir con sus alas abiertas sobre aquellas flores vivientes, vasos de bendición donde ha depositado Dios la miel de todas las inspiraciones, el secreto de todos los amores, con la doble gracia de la hermosura y el arte, y que por lo mismo son el adorno más sobresaliente de todos los grandes espectáculos» (p. XI).

La euforia del recuerdo contemplativo, al escribir, y la querencia de la metáfora por la metáfora, han obnubilado — creemos — la intuición histórica del tribuno, por no decir su sentimiento de la equidad.

Los ocho mil abanicos como otras tantas mariposas, más que dar aire, trastornan la lucidez habitual del descriptor. La asociación de imágenes: de la mariposa a la flor, ha hecho bajar de especie a la mujer; de la humana, a la vegetal animada; mitificante halago, pero deflación social. Luego, se añade la miel, sin duda para endulzar la deformación que ha sufrido la pobre fémina, y se la hace ser esencia de inspiración, alimento del amor. Pero no nos engañemos, no nos hagamos demasiadas ilusiones, el colofón es claro: no sólo se da en el párrafo la deformación existencial de esos hermosos seres femeninos, *se aliena su condición: son el adorno más sobresaliente de todos los grandes espectáculos*. Como los ídolos orientales: objetos de vitrina.

Porque, de la descripción de los chinos, ¿qué dirían los modernos antropólogos? No queremos transcribir los epítetos que todos tenemos presentes y que al unísono brotarían de bocas feministas, antirracistas, o, simplemente, demócratas de hoy.

El prólogo de Castelar al libro de recuerdos del emigrado mexicano Salvador de Quevedo y Zubieta es un canto a la democracia, a los derechos humanos, al derecho a la libertad y a la justicia que tienen todos los pueblos del mundo. Solo que el «pueblo» de las mujeres y el «pueblo» de los chinos, parecemos ser todavía, en la poética concepción del ilustre político, objetos raros más que sujetos.

MARTA PORTAL
Universidad Complutense
(Madrid)